



El Campesino y la Tejedora

El Campesino y la Tejedora

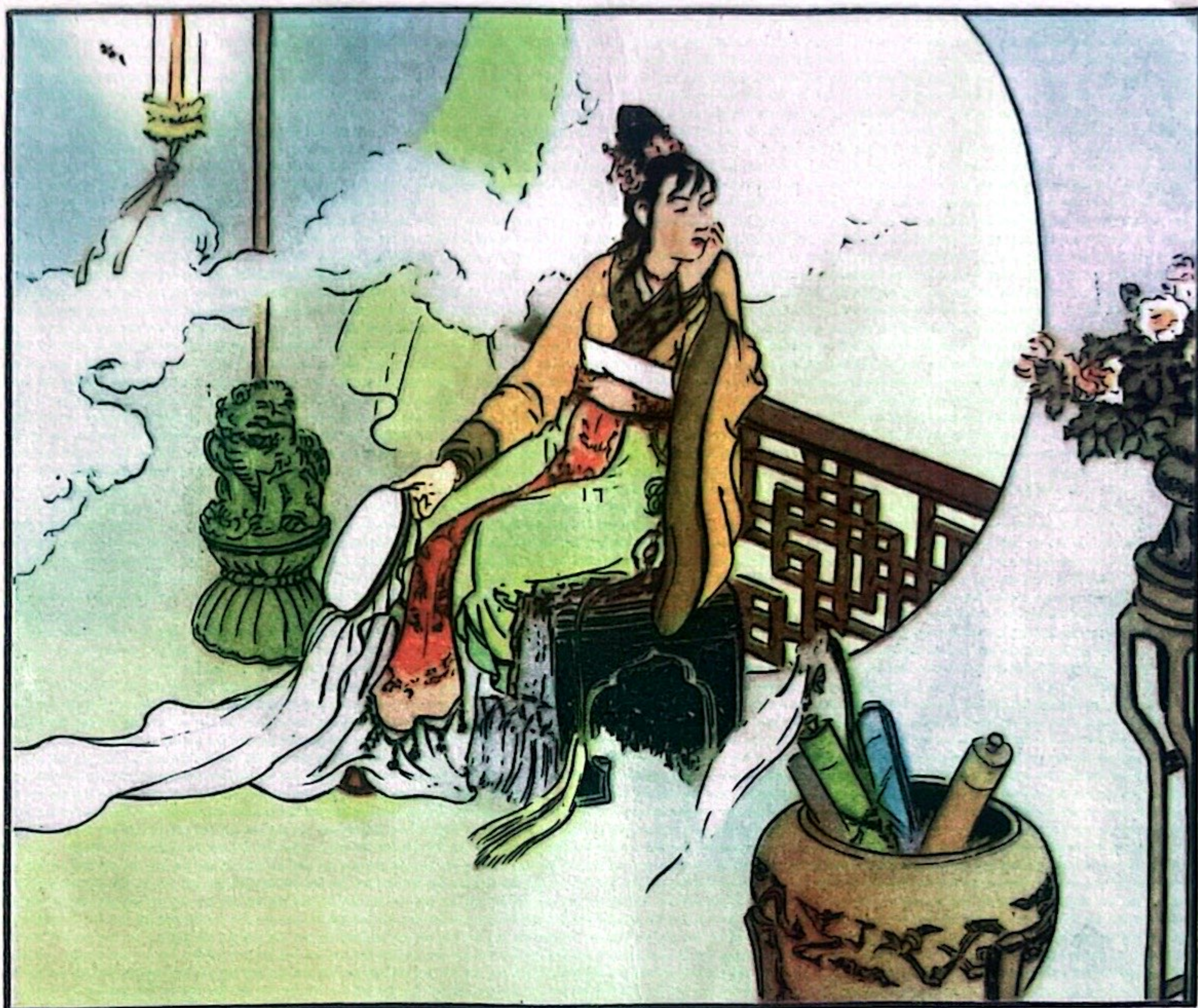
Adaptación e ilustraciones
de
Wang Jong-li

EDICIONES EN LENGUAS EXTRANJERAS
PEKIN 1958

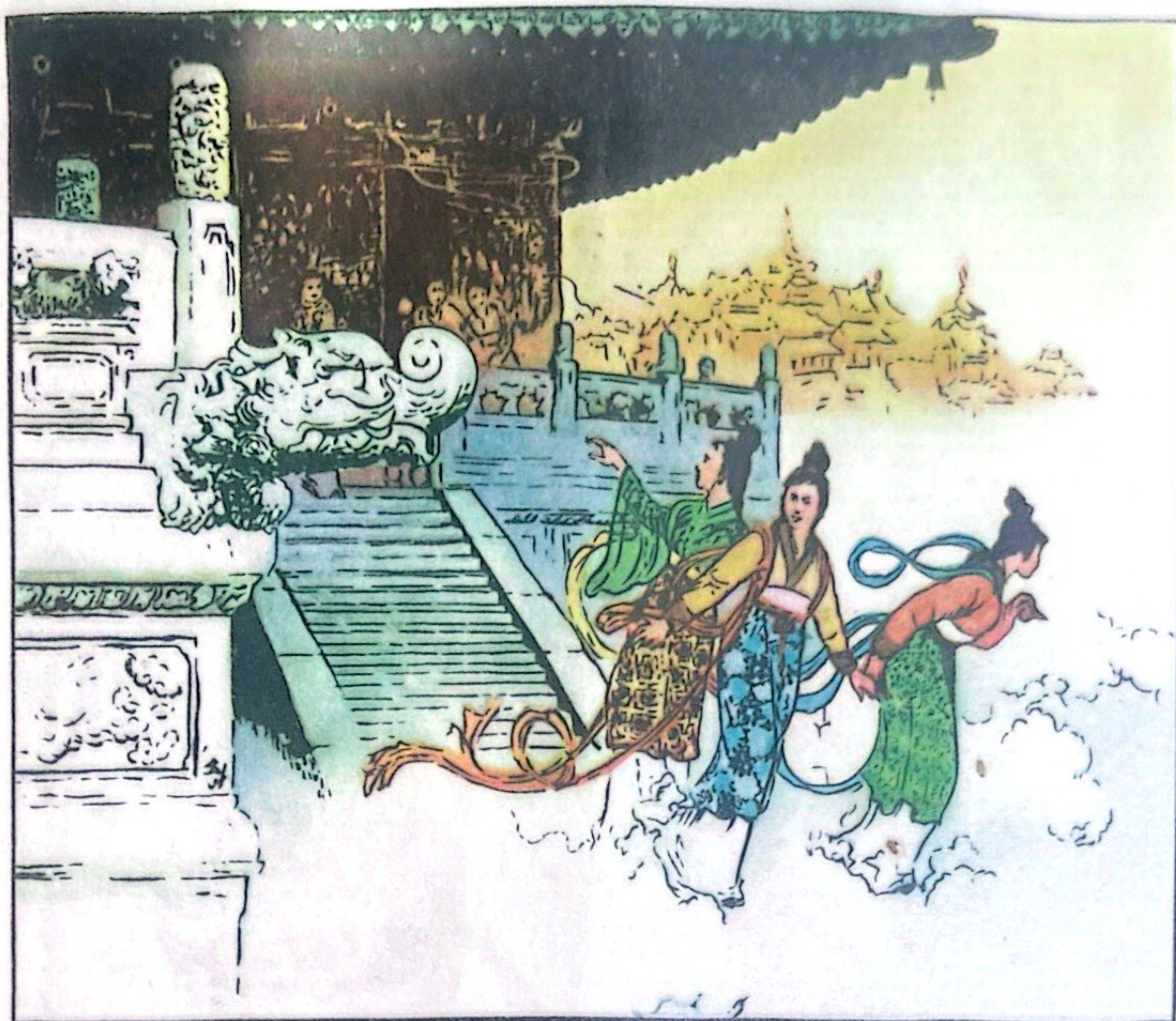
Printed in the People's Republic of China

El campesino y la tejedora

Este librito de dibujos es la adaptación de una leyenda muy popular en China. Cuenta la historia de la hija menor del Gran Emperador del Universo: la séptima hada, bondadosa y sensible, que para encontrar la felicidad y disfrutar de libertad desciende del cielo y se casa con un honrado campesino llamado Tung Yung. A fuerza de paciencia y de habilidad, consiguen salir victoriosos de muchas pruebas y, ante todo, desbaratar los planes del avaro terrateniente que quería tener esclavo tres años a Tung Yung. Mas en el preciso momento en que creían tener ya segura su dicha, el Emperador del Universo ordena a su hija que suba inmediatamente a la morada celeste, so pena de los peores castigos. Se desvanece su sueño de una nueva vida, toda de amor y de trabajo, y se impone una dolorosa separación. Aún les queda, sin embargo, la esperanza de verse a la siguiente primavera, cuando llegue el buen tiempo y los campos estén en flor. La joven hada se propone presentar entonces a su esposo al hijo que perpetuará el recuerdo de sus amores.



En el cielo vive el Emperador del Universo. Tiene siete hijas; la última es Tejedora, que en el magnífico palacio celeste teje sin reposo la seda, hábil y presta. Transcurren grises los días. ¡A qué rígida ley las somete el padre inhumano! Un profundo afecto une a las hermanas, pero Tejedora no puede contener su amargo llanto.



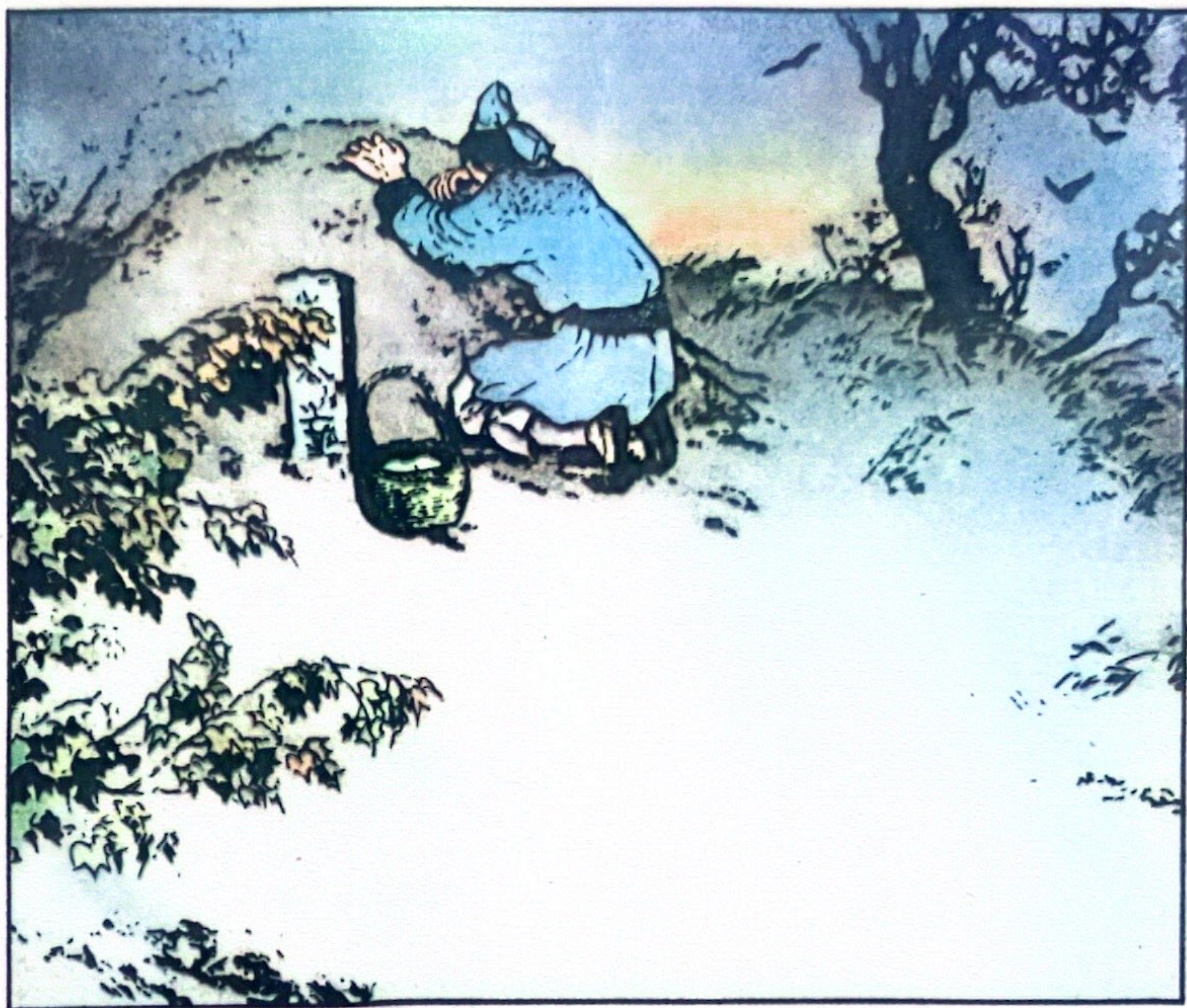
Es un día glacial y sombrío. Negros nubarrones cubren el cielo, la niebla envuelve la tierra. Las siete hermanas huyen del palacio imperial. Nadie hay al Este, nadie al Oeste. El Emperador está muy lejos: ha ido a un festín. ¡Nadie vigila, es algo milagroso! Llegan a los confines del cielo. ¡Ahí están los humanos! ¡Ahí están!



Se asoman curiosas al puente del cielo. ¡Cómo se afanan los hombres, qué alegres están! Una hermana dice: «¿Qué es el cielo en comparación con la tierra?» Y otra: «La tierra es el verdadero paraíso.» «En nuestro palacio todo es amargura» — añade otra, y la mayor concluye en fin: «¿No lo sabéis hermanas? En todas partes es igual. tanto aquí en las alturas, como allá abajo».



Tambores y trompetas de un cortejo nupcial anuncian que los novios van a rezar ante el altar de los antepasados. Jóvenes curiosos corren por la calle, y les siguen los viejos apoyados en su bastón. Acude una mujer con su hijo y se queda mirando la comitiva. Sólo un hombre cargado con un cesto no comparte la general animación, camina con la cabeza baja y un gesto de desaliento.



La hermana mayor dice: «Es Tung Yung, un joven muy honrado y bondadoso. Vive solo, no tiene hermanos, y es tan pobre que no puede casarse. Su padre ha muerto, y como él no tiene dinero para comprar el ataúd, ha tenido que pedir prestadas cinco onzas de plata, quedando esclavo por tres años».



En eso suena la campana de palacio. Hay que volver al punto. Tejedora vacila, no quiere marcharse. Suspira y dice: «Tung Yung trabajará tres años sin descanso ¿quién se ocupará de él si tiene hambre, si tiene frío?» La mayor se acerca a ella y le dice cariñosa: «Abreme el corazón, no calles tus pesares.» La hermana pequeña vuelve la cabeza para ocultar su rubor y al fin murmura: «Tung Yung me parece tan honrado. . .»



Al oír esta confesión, la hermana mayor reflexiona y dice: «No te retengo, vete si te lo pide el corazón. Lleva el abanico mágico y el pebetero. Quema incienso si te ves en un apuro. Sé prudente, no descuides tu salud. Casaros en seguida, conforme a tus deseos.» El abanico lleva a la hermana pequeña sobre una purpúrea nube al encuentro de la felicidad.



Apenas ha descendido de la nube, acude presuroso el dios tutelar de la tierra, la saluda con una profunda reverencia y le pregunta a qué se debe su viaje. Ella le explica por qué ha ido a la tierra. El dios, inquieto, sacude la cabeza. «Yo sola respondo de mis actos, no os inquietéis» «¿Aplacaréis las iras del cielo? Con esa condición puedo ayudaros. Si fracaso en mi intento, no me lo reprochéis.»



Tung Yung sube a la colina por un camino sinuoso, y de pronto se le aparece el hada. Finos son los rasgos de su rostro: un óvalo perfecto. Va vestida con soberana gracia, lleva una falda florida. ¿Cómo puede recoger las hierbas silvestres sin cesto ni herramienta alguna? Confuso, Tung Yung se dice: «No está bien hablar con una desconocida, mejor será que vaya por el camino real».



Para evitar el encuentro, Tung Yung sale al camino real, pero ¡oh, milagro! he! ahí sonriente. El joven saluda y venciendo su turbación dice: «Noble hermana ¿por qué te has cruzado dos veces en mi camino?» Ella sonríe y responde: «Tú eres solo, yo también. Tóname por esposa y viviremos juntos y bien avenidos.» Tung Yung se queda estupefacto y rechaza turbado la proposición. «Una simple casualidad no puede unir dos destinos», dice.



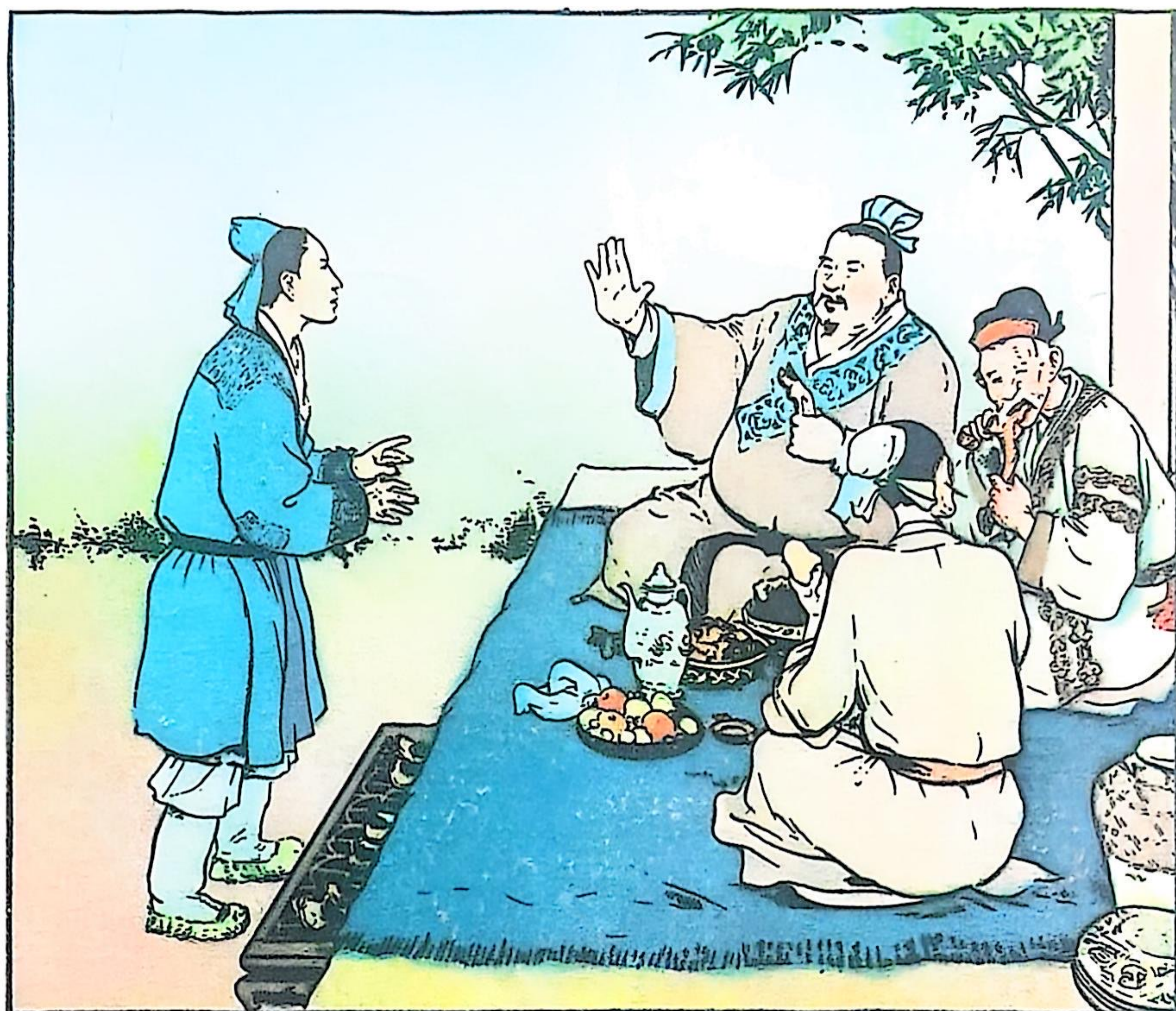
Llega el dios tutelar y exclama afable: «¡Qué buena pareja hacen! ¿Y ese enojo, a qué viene?» Tung Yung exclama: «Nos hemos cruzado en el camino, de nada nos conocemos y contra toda razón quiere casarse conmigo». «Tú eres solo, ella también — responde el buen viejo — Hacéis una pareja maravillosa. Sin duda vuestros destinos están ligados. Debéis uniros en matrimonio».



Tung Yung lanza una furtiva ojeada. «Es hermosa como un hada. ¡Qué alegría tan grande vivir a su lado! ¿Pero cómo va a unirse a una mujer tan bella un miserable como yo?» Y dice en voz alta: «No tengo siquiera techo para albergarte. Con los años te arrepentirás de haberte casado conmigo.» «La desgracia — replica ella — une a los buenos esposos. Eres bueno y te quiero; será muy dulce vivir contigo».



Tung Yung se dice: «Va a sufrir mucho, me lo temo» y pone el pretexto de que falta mediador. «La acacia lo será, y yo, el testigo», dice el dios tutelar. Tung Yung insiste: «Al menos, que hable el árbol». El hada se coloca frente a la acacia, la llama tres veces y le hace hablar usando del mágico poder de su abanico. El viejo exclama: «Saludad, la acacia está de acuerdo.» Y el árbol ofrece su sombra para la ceremonia.



El amo de Tung Yung se llama Fu Jua y tiene una cabeza como una calabaza. Es fiesta y va a adquirir dos hectáreas. Obsequia a sus compadres con pollos y patos sin escatimar el vino. Al ver llegar a Tung Yung con su esposa, levanta su manaza y grita: «¡Si sólo hay uno inscrito en el contrato! ¡Ella no trabaja y no la voy a alimentar!»



La séptima hermana se apresura a decirle: «Sé tejer la seda y bordar.» «Teje diez piezas esta noche y podrás quedarte diez años con él.» «Si mañana queda tejida la seda, habréis de reducir los tres años a cien días.» El amo, conteniendo la rabia, acepta y concluye así el trato: «Bueno, pero si fracasas, los tres años serán seis.»



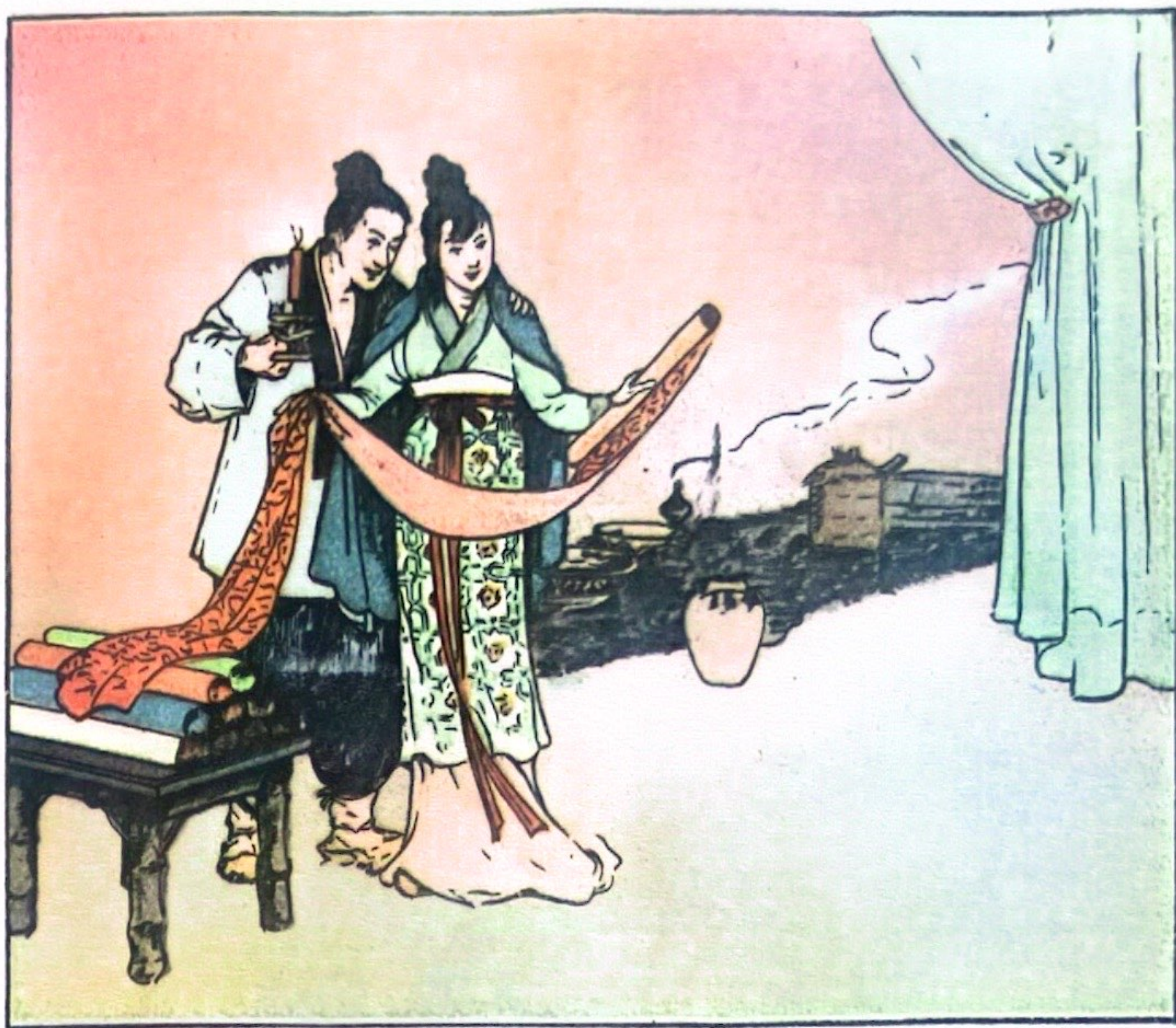
Se ha puesto el sol. A la débil luz de un candil, Tung Yung mira la seda y llora su desdicha. «Querida esposa: no te esfuerces, es inútil. Huye bien lejos de aquí mientras duerme el amo.» «Tranquilízate, bien mío, tengo unas manos muy hábiles; no te disgustes, hazme caso.» Tung Yung cede por fin y se va a moler el grano. Entre las verdes hojas del sauce se ve asomar la luna.



Al quedarse sola, la séptima hermana quema incienso. Con el humo se elevan sus súplicas ardientes. Sus seis hermanas acuden a la llamada sobre una nube que empuja el viento. La cuarta hermana pregunta: «¿Dónde está mi cuñado? Casadita, vives muy sola.» «No gastes bromas — dice la mayor — ¿no ves que está muy preocupada? Mal presagio es ése.» Tejedora toma a su hermana de la mano. «Ayúdame a cumplir mi tarea para mañana».



Las siete hadas ponen al punto manos a la obra. Cada una se encarga de una parte del trabajo y no sienten la fatiga. La cuarta hermana borda, la mayor teje. Bajo la presta aguja florecen hermosas guirnaldas. Las lanzaderas apenas se vislumbran, como estrellas fugaces; retumba con rápido ritmo el telar. Cuando llega la aurora, la tarea está cumplida e incluso hay varios metros de más.



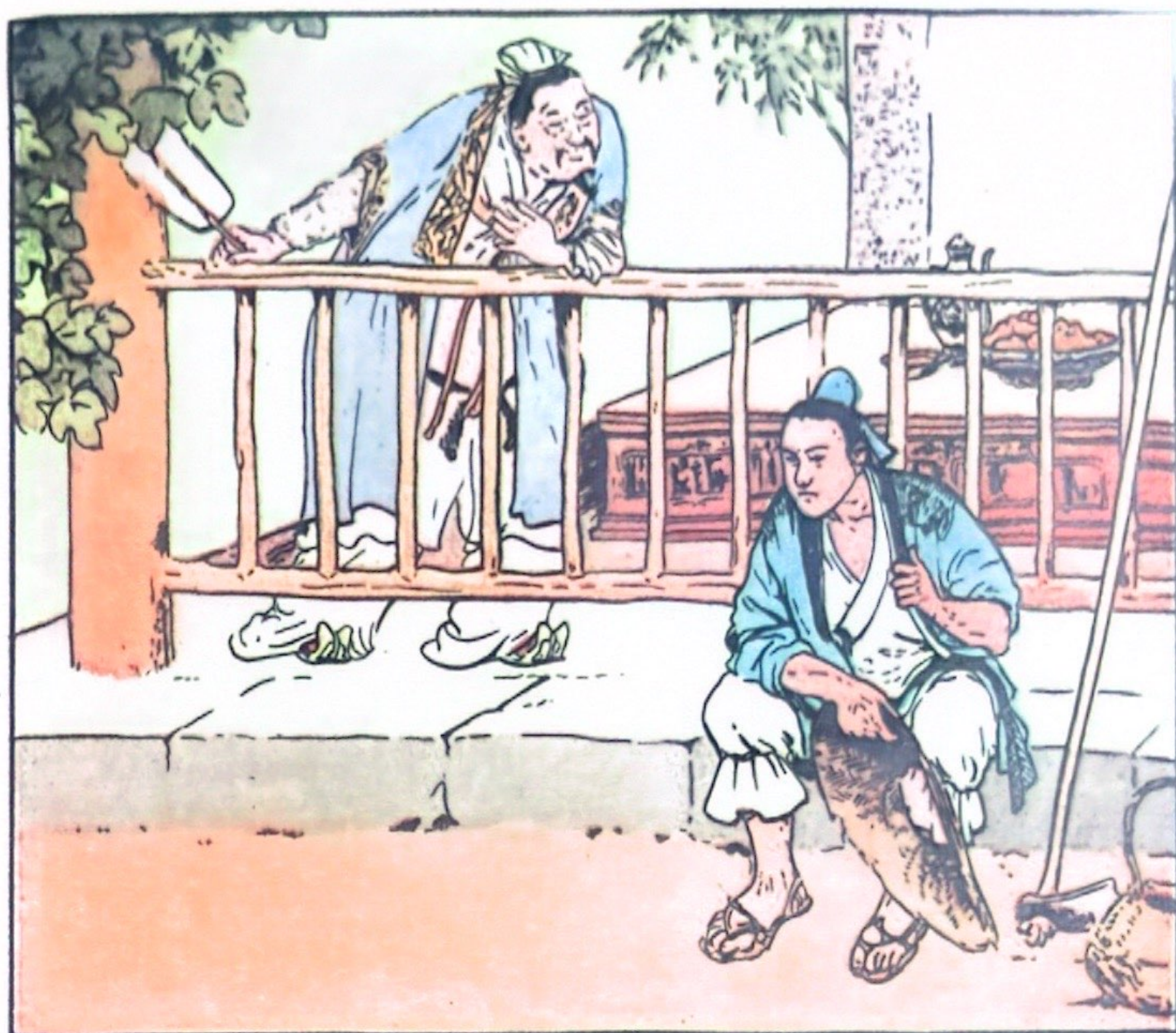
Tung Yung llega al amanecer y, solícito, echa a su esposa sobre los hombros una vieja chaqueta. Al ver el milagro ríe con asombro. «¿Cómo podré agradecer tus desvelos?» Tejedora no le deja concluir: «Quiero que seamos los dos libres muy pronto.» Los enamorados sonríen contemplando las piezas de tela; en tanto viene la mañana y luce esplendoroso el sol.



Las diez piezas de seda son entregadas al terrateniente. Los esposos se dedican a sus labores cotidianas. Tung Yung se afana en los campos, ella le lleva la comida a su tiempo, lava sin tregua, cose, remienda y muele, en fin, el grano hasta el oscurecer. Su vida es dura, y penoso el trabajo, mas el amor y el respeto unen a los amantes.



Expiran ya los cien días del término. La mujer del amo concibe una idea. «Escúchame un momento, jefe de la familia, no los dejes marchar, haz que se queden. Ella es una bordadora incomparable. Tung Yung, fuerte y robusto, y además muy honrado; ofréceles algo en seguida para que no se marchen. Viviremos muy bien sin tener que trabajar.»



El terrateniente, todo halagos, con adulatora sonrisa habla con Tung Yung procurando retenerle, y le dice: «Cuando se recoja la cosecha, te haré una casa y te prestaré dinero. Podrás enriquecerte y establecer tu hogar conforme a tus deseos. Hagamos el juramento de vivir como hermanos ¿qué te parece, Tung Yung?» «Riqueza y pobreza no hacen pareja, — dice el refrán — No podremos vivir bien avenidos replica el interpelado».



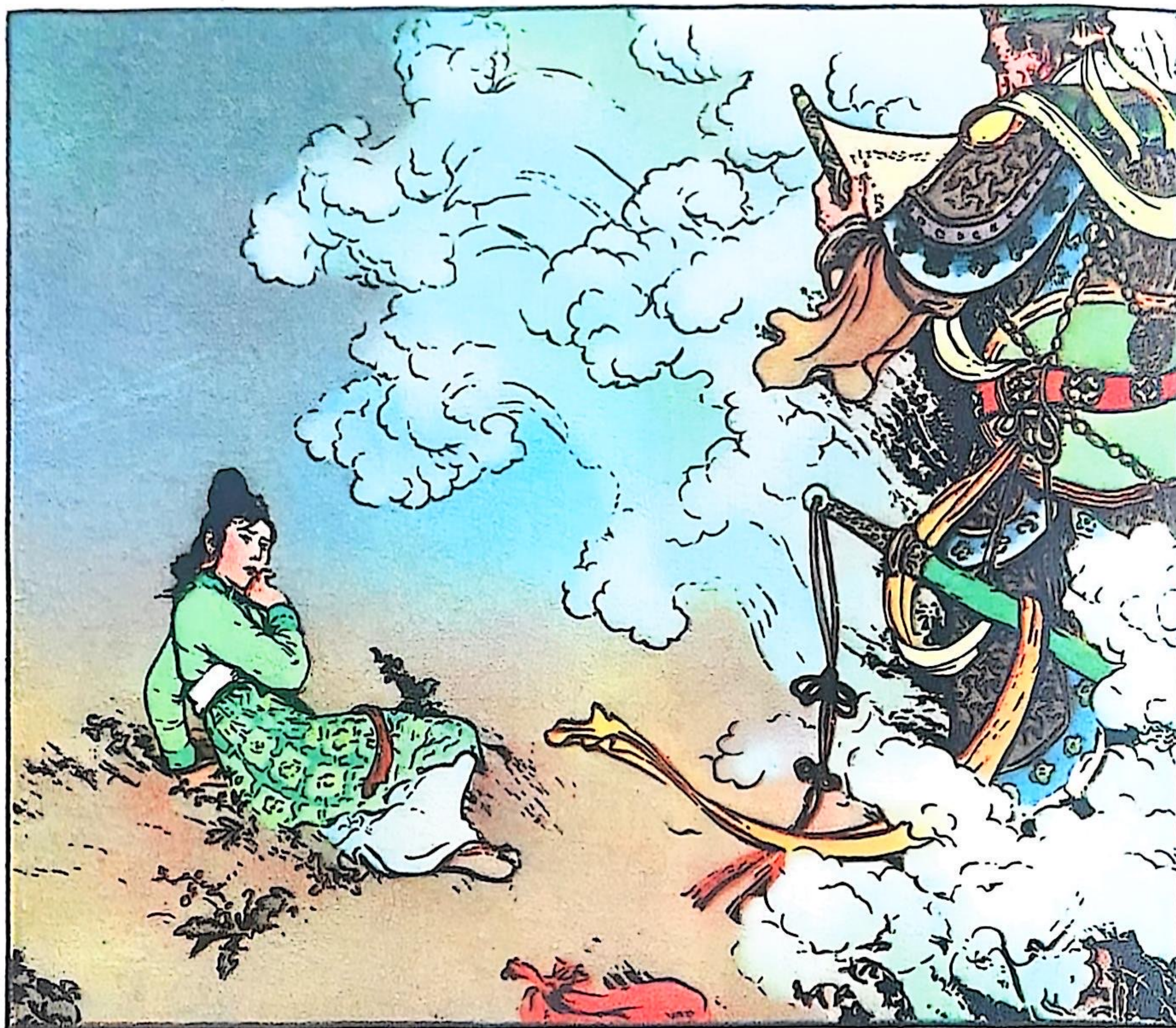
Han pasado los cien días. La víspera de su partida compran tortas de soja y vino. Tung se acerca a su esposa vaso en mano y quiere hacerle beber, pero ella rehusa sonriente y con gran turbación saca de un bulto de ropa una camisita de recién nacido. Tung Yung se frota las manos lleno de alegría: «esperar un hijo es una gran dicha.» «¡Silencio — dice ella — nadie debe saberlo antes de la hora!»



Al cantar el gallo, Tejedora está ya dispuesta para emprender el camino. Una flor roja adorna su hermosa cabellera. Lleva puesta la florida falda de su antiguo traje. Tung Yung se dispone a calzarse unos zapatos nuevos. Está ya preparado el lío de la ropa, y a su lado el paraguas. ¡Ya vuelven a sus lares!



La pareja se ve libre por fin de sus explotadores. Los aldeanos que los ven pasar por el camino saludan con cariño a la joven y entregan peras y dátiles a ambos viajeros. Ella, confusa, se aleja en dirección sur y los deja rápidamente atrás.



De pronto aparece un genio mensajero con una orden severa del augusto emperador: «Hija indigna, que has osado desposarte con un mortal, si no vuelves bajo el techo paterno antes de mediodía, enviaré un rayo que reducirá a cenizas a tu joven esposo. Tus seis hermanas serán encarceladas en lugar seguro.» Estas palabras atraviesan su corazón como otras tantas flechas agudas.



Al ver a Tung Yung enjuga presta sus lágrimas. Su suerte es semejante a la de los patos mandarines: «Míralos, siempre viven en parejas ¿Acaso intenta alguna vez la hembra volar separada? Nos quedan aún diez *li* de camino que recorrer por entre montañas y cinco *li* a lo largo del río. Tung Yung ¿quién te seguirá en el camino de regreso?» Pero él, que ignora quién les acecha allá a lo lejos, responde: «¿Y quién va a seguirme sino mi amada?»



La séptima hermana llega al pie de la acacia que sirvió de testigo. Lanza una mirada a su marido y otra a la lejanía. El hilo de sus destinos se pierde en intrincado dédalo. ¿Cuándo volverán a verse después de la separación? Es mejor decirlo la penosa verdad. Tung escucha la triste nueva con el rostro bañado en lágrimas; febril, oprime el brazo de su esposa sin poder pronunciar una sola palabra.



No deseaban más que vivir en paz trabajando él en sus campos, inclinada la esposa sobre el telar, y educar a sus hijos, anhelo bien legítimo, pero la ley celeste es implacable. ¡Oh, acacia tan propicia! ¿Cómo puede ser destruida de un golpe nuestra vida conyugal con decisión tan rigurosa y cruel? ¡Justicia! ¡Justicia!



Tung Yung llora y cae inerte abrumado por el dolor. Tejedora, exasperada, prorrumpe entre lágrimas: «Odio a ese emperador, a ese padre inhumano que destruye mi hogar y quiere arrebatarme el amor. Quisiera oponerme a la orden, pero entonces perecería mi esposo. He de volver antes que suene la hora fatal. En cuanto mi hijo nazca, vendré a traérselo».



Rasga su vestido, y en un trozo de seda escribe con sangre las palabras que le dicta su pena: «En la hermosa primavera, cuando todo florezca, te será entregado nuestro hijo al pie de la acacia. Pese a la ley celeste que nos daña y castiga, unida estoy a ti en el cielo y en la tierra. Marcho sobre una nube impulsada por el viento glacial que agita las ramas de los árboles.»



Cuando Tung Yung recobra el conocimiento, piensa en su mujer. Retumba el trueno, brillan los relámpagos, el viento y la lluvia arrecian. Tung Yung se atreve a imprecicar al emperador celeste: «Desunir a los esposos es una crueldad manifiesta. Querida mía, que me has sido súbitamente arrebatada, ¿terminarán así nuestros días de felicidad? Puede hundirse el cielo, mas persistirá mi odio; puede el mar evaporarse, mas siempre persistirá mi amor.

天 仙 配
王弘力編繪

●

外文出版社出版(北京)
1958年11月 第一版
編 号: (8050)-200